

e) En la Eucaristía *Cristo está sacrificado, para hacernos posible ofrecerlo en sacrificio al Padre*. No sólo en la misa. Ni sólo el sacerdote. Sino en cualquier momento y por cualquiera de nosotros, llamados así a ejercer lo sumo del sacerdocio bautismal (C 35).

f) En la Eucaristía, según ella, toca fondo la kénosis de Jesús, en su proceso de abajamiento. En la Eucaristía, él “se disfraza” para hacérsenos más “tratable”. Si, tal como está, lo viéramos “glorificado”, “no habría sujeto que lo resistiese de nuestro bajo natural, ni habría mundo ni quien quisiese parar en él... Debajo de aquel pan está tratable; porque si el rey se disfraza...” (ib 9).

g) Desde el punto de vista de nuestra oración personal, la comunión eucarística nos ofrece la mejor coyuntura: comulgar es acoger al Señor en la posada del propio ser. Él se deja interiorizar en nosotros, para ahondar nuestra relación con él y facilitar así nuestra oración de recogimiento y de quietud, unificando en él la dispersión de sentidos y potencias.

h) Es también la mejor oportunidad para “darle gracias” y “para negociar”, es decir, para presentarle los avatares de nuestra vida y de los hermanos (ib 10).



Tomás Álvarez, *Diccionario de Santa Teresa*. – www.cipecar.org *



CONTENIDOS DE LA ORACIÓN TERESIANA. VII LA EUCARISTÍA, MANÁ DE LA HUMANIDAD

Educadora de la piedad eucarística

Al poner en marcha el nuevo estilo de vida comunitaria en sus Carmelos, Teresa pensó atentamente la importancia de la Eucaristía. En el elemental proyecto de vida trazado en las primeras Constituciones del grupo, la misa diaria ocupaba puesto destacado. Se la solemnizaría en los domingos y fiestas.

A las Hermanas no les propone -ni era pensable entonces- la práctica de la comunión diaria, pero aumenta considerablemente el número de comuniones permitidas en las precedentes normas de la Encarnación. El primer biógrafo de la Santa, F. de Ribera, añade que, además de lo prescrito en las Constituciones, la M. Teresa “mandó que cada monja comulgase todos los años el día en que tomó el hábito, y en el que hizo profesión. Y aunque esto no está en las Constituciones, quiso que tuviera la misma fuerza que si en ellas estuviera, y para que se supiese su voluntad, una vez que se lo preguntaron pidió tinta y papel, y lo escribió y firmó de su nombre” (ib p. 424).

Poco antes, el mismo Ribera había aportado un par de detalles reveladores: “Tenía grandísima curiosidad en que todo lo que tocaba al servicio de este Sacramento estuviese muy cumplido y limpio y bien aderezado, como es la iglesia y el altar y frontales y ornamentos y cálices y corporales, como se ve en todos sus monasterios por pobres que sean, y cuando estaba con grandes señoras y le ofrecían muchas cosas, a lo que se acodiciaba eran

pastillas y pebetes para el Santísimo Sacramento, y procuraba que fuesen los mejores que había” (ib p. 423).

Por una de sus compañeras más íntimas, Ana de Jesús (Lobera) sabemos el interés de Teresa por la participación activa en cualquiera de las misas celebradas en el convento: “Deseaba ayudásemos siempre a officiar la misa y buscaba cómo lo pudiésemos hacer cada día, aunque fuese en el tono que rezamos las horas, y si no podía ser por no tener capellán propio y ser tan pocas entonces, que no éramos más de trece, decía que le pesaba careciésemos de este bien” (BMC 18, p. 473).

Esas primeras disposiciones elementales tienen amplio desarrollo doctrinal y pedagógico en el Camino de Perfección. La Santa se sirve de la petición central del Padrenuestro –“el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy, Señor”- para educar a fondo la piedad eucarística de la comunidad y de cada hermana. Las ideas fundamentales que les inculca podrían resumirse así:

a) Ante todo, Teresa propone el tema “joanneo” de que **la Eucaristía es el don del Padre**, su don por excelencia, que ya no consiste en el maná del desierto, sino en el don de su propio Hijo. Es ese don-persona lo que pedimos al Padre al decirle que nos dé “el pan de cada día”. Se lo pedimos para el “hoy” pasajero de la vida presente, y para el inmarcesible “cada día” de la eternidad (C 34, 1-2).

b) La Eucaristía es a la vez **la prolongación de la presencia de Cristo entre los hombres**. Presencia “velada” de su Humanidad, como la Encarnación fue presencia velada de su divinidad. Nuevo “disfraz” de su

Persona gloriosa. Pero en suma cercanía misteriosa. Tan importante y decisiva para el orante, necesitado -según ella- de entrar en la presencia misteriosa del Otro, para activar el trato recíproco de amor. Esa misteriosa presencia de Cristo en el Sacramento es la más excelente plataforma para dar paso a todas las modulaciones de la oración: adorar, pedir, dar gracias..., y especialmente para unirse a Cristo y orar con El y por El al Padre, por la Iglesia (C 34).

c) La Eucaristía es **misterio de comunión: principio y germen de unión**. La comunión misma es propuesta por T como un proceso de interiorización. Comulgando, interiorizamos al Señor y nos interiorizamos con El. No duda ella en recuperar los términos bíblicos de “templo y posada”, para aplicarlos a ese momento terminal del banquete eucarístico en que el Señor se convierte en alimento del comulgante. Para ella, lo más relevante en esa etapa terminal es el hecho de la “unión”. Con toda la fuerza que ese término tiene para el místico. La unión es la esencia de la santidad. Así, la Eucaristía es el centro orbital de la santidad del cristiano.

d) A su vez, la Eucaristía es teofánica. **Manifestación suma de Cristo y de su amor**. En ella se nos da a conocer El de manera especial: “se nos descubre”, escribe T. Oculto, pero dispuesto a manifestarse al comulgante según la medida de sus deseos. El Señor tiene mil formas de manifestarse, pero de hecho “se descubre” del todo, sólo “a quien mucho lo desea” (C 34,10.12). Muy en coherencia con la estructura misma del Sacramento-banquete, que requiere hambre espiritual para ser recibido adecuadamente.